

# OBSERVACIONES Y APORTES SOBRE EL SÍNODO DE LA AMAZONIA

Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour

## Hacia el Sínodo amazónico

Casi la mitad de los católicos del mundo entero vive en América Latina, pero la evangelización y promoción social de la Amazonia sigue siendo una asignatura pendiente después de 500 años. Por eso, el Papa Francisco ha querido poner a la Amazonia bajo los reflectores eclesiales, abrazando ese enorme territorio de nueve países en que viven 34 millones de personas, entre las cuales indígenas de 390 etnias diversas, incluso con más de un centenar de “pueblos indígenas en situación de aislamiento voluntario” (los cuales, en su gran mayoría, no pasan de una decena de personas cada uno).

El papa Francisco recuerda su sorpresa ante la insistencia con la que los Obispos brasileños se refirieron a la Amazonia durante los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida. Precisamente en las conclusiones de Aparecida – de cuya Comisión de redacción fue presidente el Cardenal Jorge Mario Bergoglio – se propuso “crear conciencia en las Américas sobre la importancia de la Amazonia para toda la humanidad”, “establecer entre las Iglesias locales de diversos países sudamericanos que están en la cuenca amazónica una pastoral de conjunto con prioridades diferenciadas para crear un modelo de desarrollo que privilegie a los pobres y sirva al bien común” y “apoyar con los recursos humanos y financieros necesarios a la Iglesia que vive en la Amazonia para que siga proclamando el evangelio de la vida y desarrolle su trabajo pastoral de formación” de sus ministros (n. 475).

Es también el papa Francisco quien subraya: “Ello ocurrió en el 2007, y ocho años después escribí la *Laudato si*”, señalando así un camino de maduración en la consideración de esa realidad. En ese camino ha sido

muy importante la creación y el desarrollo de actividades de la Red Eclesial Panamazónica (REPAM), la cual ha realizado, desde su fundación, más de 50 asambleas territoriales.

Otro hito a destacar es la reunión con más de 4.000 indígenas y numerosos cardenales y obispos presentes en Puerto Maldonado, capital de la biodiversidad de la Amazonia peruana, que fue algo así como el inicio real del Sínodo pan-amazónico. Allí estuvo el cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario general del Sínodo de los Obispos, quien trabajó durante varios días con prelados y misioneros.

### Una dinámica sinodal

Siguiendo las huellas de la dinámica sinodal experimentada con muchos frutos en la reciente Asamblea General del Sínodo mundial de Obispos sobre los jóvenes, también es fundamental para el Sínodo pan-amazónico saber consultar y escuchar todo lo que procede de la realidad de la Amazonia. Para ello se ha creado un Consejo de Secretariado de este Sínodo, que acompaña y encauza su preparación. Allí se están volcando muchos aportes que provienen de las diócesis, prefecturas y vicariatos de los diversos países de la Amazonia, de la REPAM, de las congregaciones religiosas presentes en la Amazonia. Será muy importante saber escuchar – como ya se está haciendo – a los pobladores de la Amazonia, en especial a los indígenas quienes sufren condiciones de particular marginación y vulnerabilidad. De todo ello, junto con el trabajo de expertos en la materia, procede el “documento preparatorio”, publicado el 8 de junio de 2018 – “Amazonia: nuevos caminos para la Iglesia y para un ecología integral”.

Se pueden marcar los límites de este documento preparatorio, pero no hay que pretender mucho de él, pues su objetivo es ofrecer una base de lanzamiento para una “escucha al pueblo de Dios”, especialmente a sus Pastores, pues “el Espíritu habla a través de todo el pueblo de Dios”. Se espera que abunden las respuestas al cuestionario con el que concluye este documento preparatorio y numerosas contribuciones y aportes que aporten

reflexiones y experiencias en este camino sinodal. Todo ello servirá para la elaboración del *Instrumentum Laboris* que precederá la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos sobre la Amazonia.

Me atrevo a plantear, bajo mi personal responsabilidad, algunos puntos de reflexión, teniendo en cuenta el documento preparatorio, estimulado por la solicitud de un vasto trabajo sinodal en la materia y bien consciente que la enorme cuenca amazónica tiene y tendrá cada vez más en el futuro una repercusión fundamental en los pueblos y naciones sudamericanos, así como una consideración global como “pulmón del planeta”. Es escasa mi experiencia personal en la Amazonia, pero he tratado al menos de enriquecerla con muchas lecturas y, entre ellas, también de contribuciones sinodales de quienes la viven en primera persona. En todo caso, para acercarse a la Amazonia es bueno repetir lo que el papa Francisco dijo en Puerto Maldonado como eco de las palabras del Señor a Moisés: “Quítate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa”.

### El objetivo principal

Es muy importante que el Santo Padre Francisco haya bien definido y precisado con claridad cuál es el “objetivo principal” de esta inédita iniciativa sinodal. Para el Papa se trata de “identificar nuevos caminos de evangelización de esa porción del pueblo de Dios, especialmente de los indígenas, con frecuencia olvidados y carentes de un porvenir sereno, también la crisis de la selva amazónica, pulmón de capital importancia para nuestro planeta”. La perspectiva fundamental y el hilo conductor no pueden ser otros que la evangelización, por la que se define y está en juego la misión de la Iglesia.

Es importante que se destaque ese objetivo principal pues lo que más importa - ¡y ha de importar! – es que Jesucristo sea testimoniado, anunciado, celebrado y comunicado en Amazonia, para que la fuerza de su Evangelio se convierta cada vez más en custodia y promoción de la dignidad de sus habitantes, energía de fraternidad y solidaridad en la

construcción de nuevos modelos de desarrollo y condiciones de vida, así como de custodia de las riquezas y bellezas que la Creación de Dios ha puesto en su ambiente.

Si la evangelización no fuera la alegría, certeza y esperanza con las que se afrontan todos los problemas humanos y naturales de la Amazonia, entonces la Iglesia correría el riesgo de convertirse en una ONG, benemérita por sus combates, pero una ONG de contenidos religiosos, éticos y sociales. Lo más importante es que quienes afronten la realidad de la Amazonia tengan esa viva conciencia y experiencia de que el Evangelio de Cristo es “mensaje de libertad y fuerza de liberación”, “buena nueva sobre la dignidad de la persona humana”, caridad que abraza y sostiene toda solidaridad, esperanza contra toda esperanza. Hay que cuidar, pues, que ese objetivo principal que es el de los “nuevos caminos de evangelización de esa porción del pueblo de Dios” no se dé por supuesto y se pase inmediatamente a una declinación moralista, e incluso ideológica, de las tareas a emprender.

### Una amnesia histórica

Es evidente que no puede pedirse al documento preparatorio del Sínodo pan-amazónico una historia de la evangelización de la Amazonia, pero el breve capítulo dedicado a la “memoria histórica eclesial” es muy insuficiente. No es verdad lo que se afirma cuando se escribe que “hasta el siglo XX, las voces en defensa de los pueblos indígenas eran frágiles, aun que no ausentes”, fortaleciéndose sólo después del Concilio Vaticano II.

La Iglesia no tiene ningún reparo en confesar su “mea culpa” ante los compromisos que ofuscaron la evangelización de América Latina con la conquista y colonización del Nuevo Mundo y la opresión y explotación de los pueblos indígenas. Sin embargo, nadie puede negar, por respeto a la verdad histórica, que desde la primerísima colonización del Nuevo Mundo fue una legión de misioneros la que desató la primera gran batalla profética por la justicia en la defensa y protección de los indígenas. La cruz se

convirtió en una autocrítica radical de la espada. Los mismos Obispos lucían como lema: “defensores de los indios”. Hubo mártires, violencias sufridas, todo tipo de atentados y controversias provocadas por los encomenderos, colonos y “bandeirantes”. No ha habido en la historia de la Iglesia en América Latina un combate evangélico y profético de tal magnitud como el de los primeros tiempos fundadores.

En el siglo XVII la Iglesia comenzó a penetrar en la Amazonia. Y el 22 de abril de 1639, fecha del descubrimiento del Brasil, el papa Urbano VIII promulgó un Breve, *Commissum Nobis*, prohibiendo, bajo pena de excomunión, “cautivar (...) a los indios, venderlos, comprarlos, apartarlos de sus mujeres e hijos, privarlos de cualquier modo de la libertad, retenerlos en la servidumbre (...)”. Este Breve papal – que está en perfecta continuidad con la bula *Sublimis Deus* del papa Pablo III en 1537, que fue la primera y muy dura condena papal de la esclavitud de los indios y afirmación del respeto debido a su dignidad y a sus bienes - provocó revueltas, lideradas por las Cámaras municipales en San Pablo, Santos y Río de Janeiro.

A partir del 1600 la presencia de la Iglesia en la Amazonia, evangelizando y defendiendo a los indios, fue fundamental. Muy numerosas aldeas y misiones religiosas, principalmente por obra de los jesuitas, surgieron en Amazonia. Se ha destacado al respecto las fundaciones de Cameté en la desembocadura del Tocantins; Airão, Carvoeiro, Moura e Barcelos en el Río Negro; Santarém en la desembocadura del Tapajós; Faro en el río Nhamundá; Borba en el río Madeira; Tefé, São Paulo de Olivença e Coari en el Solimões; y en el Amazonas, Itacoatiara y Silves.

¿Cómo puede decirse que eran voces “frágiles” las de la Compañía de Jesús y su cadena de “reducciones” indígenas, desde el Alto Uruguay y Paraná, en combate permanente contra los “bandeirantes”, esclavistas de indios, a las de Moxos y Chiquitos en la selva boliviana y a las del oriente peruano y ecuatoriano, hasta los llanos orientales de Colombia (prefigurando lo que sería la carretera de la selva)?

Después cabría agregar todo el trabajo de penetración de la Amazonia de los Salesianos desde el Oriente peruano y ecuatoriano, creando escuelas de artes y oficios para los indígenas, así como de otras Congregaciones religiosas.

Los informes y escritos de Mons. Giovanni Genocchi, enviado como visitador apostólico en América Latina (1911-1913) y que visitara tierras amazónicas son de una dureza impresionante cuando denuncia en repetidas ocasiones la esclavitud que de hecho sufren los indígenas bajo la caza de los “caucheros” durante el “boom” de la producción del caucho, así como las dificultades y adversidades que sufren los responsables de las primeras prefecturas apostólicas y misiones en regiones amazónicas dependientes de “Propaganda Fide”, cuya protección de los indígenas es vista por los colonos como “fumo negli occhi”. Este grave estado de cosas sería retomado y condenado con mucha fuerza por Pío X en la encíclica misionera dirigida a América Latina: *Lacrimabili statu Indorum*, punto de referencia para los sucesivos pontificados si se tiene en cuenta las frecuentes citas de ese documento en las instrucciones comunicadas a los Representantes Pontificios en América Latina. Este documento denunciaba los abusos y violencias que se cometían contra los indígenas y señalaba el deber de defender su vida, libertad y propiedad, a través del desarrollo de las misiones católicas y de la evangelización, junto a todas las iniciativas idóneas para la promoción humana de los indígenas.

Es cierto que después del Concilio Vaticano II y sobre todo en el camino sinodal de Medellín a Aparecida se despertó con nuevas luces y vigor profético esa tradición de defensa y custodia de los indígenas que en las décadas inmediatamente anteriores parecía algo apagada (¡pero, por favor, que no se defina el documento de Puebla como el documento de la “participación y comunidades de base”, porque tuvo un respiro mucho más grande y rico!).

Hacer memoria verdadera de la presencia y misión de la Iglesia en la Amazonia durante los últimos siglos es muy importante para aprender de la historia los aciertos y los errores de la misión y para dejarse contagiar

por la donación total – incluso hasta el martirio – de muchos hermanos y hermanas nuestros que dieron su vida por Cristo y por amor de los amazónicos.

### Más allá de la “leyenda negra”

Recuperar una correcta memoria eclesial sobre la Amazonia no sólo es necesario por respeto a la verdad histórica y como homenaje de gratitud a quienes, en medio de grandes dificultades y sacrificios, nos precedieron en la tarea evangelizadora, sino también para saber contrarrestar los lugares comunes de la “leyenda negra” que, a veces, corren el riesgo de ser repetidos inocentemente por agentes pastorales desprevenidos. ¿Acaso hay quien piensa que todo lo realizado por la misión de la Iglesia en la Amazonia desde el siglo XVII es irrelevante e incluso perjudicial y desechable?

Como es notorio, las potencias emergentes en los siglos XVII y XVIII – Francia, Holanda, Inglaterra – no sólo tendieron a sustituirse en el dominio mundial a una España decadente, gracias a la fuerza económica y militar, sino que también se propusieron derrotarla cargándola ideológicamente con todas las ignominias. Una propaganda difundida por doquier presentó la colonización española como el concentrado de violencias, crueldades y barbaries ajenas a los “países civilizados”. Fue una muy grosera agresión ideológica sin un verdadero discernimiento sobre las luces y sombras de la expansión hispánica en el Nuevo Mundo.

Esa “leyenda negra” anti-española se fue convirtiendo en “leyenda negra” anti-católica. Los pueblos y naciones latinoamericanas quedaban condenados al atraso por su sustrato cultural católico. Un signo claro de la persistencia de esa leyenda se observa en las conclusiones de la Conferencia de Barbados, organizada en 1971, por la Comisión de Asuntos Internacionales del Consejo Mundial de Iglesias y el Departamento de etnología de la Universidad de Berna, en las que los antropólogos convocados afirmaban: “La obra evangelizadora de las misiones religiosas

en América Latina corresponde a la situación colonial dominante, de cuyos valores está impregnada. La presencia misionera significó una imposición de criterios y patrones ajenos a las sociedades indígenas dominadas y que encubren, bajo un manto religioso, la explotación económica y humana de las poblaciones indígenas (...). En virtud de ese análisis, llegamos a la conclusión de que lo mejor para las poblaciones indígenas y, también para preservar la integridad moral de las mismas Iglesias, es acabar con toda actividad misionera (...). ¿Hay acaso quienes así lo piensan en filas de la Iglesia católica, sobre todo entre los misioneros extranjeros?

Para el papa Francisco está muy claro – y así lo ha repetido muchas veces – que la misión evangelizadora no es “proselitismo” y menos aún imposición cultural o atentado contra la libertad. La Iglesia sabe reconocer críticamente – incluso pidiendo perdón – todo lo que pudo haber de imposiciones apresuradas, de complicidad con poderes, de falta de escucha y respeto de las culturas indígenas, pero sabe bien que fue sólo la Iglesia, a través de sus variadas misiones, la única institución que se acercó con amor a los indios, que pagó el precio de sacrificios y sufrimientos para mantenerse en su compañía y que los defendió de las diversas formas de esclavitud. Pero lo que se afirmó en el año 1971 en Barbados fue mucho más allá: la memoria eclesial reducida y degenerada en ideología de dominación y la sospecha, e incluso la denuncia, de toda actividad misionera, evangelizadora, como pernicioso para la cultura de los pueblos indígenas. Esto es, de hecho, una ofensa e insulto contra los mismos pueblos indígenas que han sido evangelizados y han conservado su arraigo en la fe católica durante siglos, no obstante que carecieran muchas veces de compañía y sustento pastorales.

### Vulnerabilidad, amenazas y violencias

Hace muy bien el documento preparatorio del Sínodo en denunciar con vigor las múltiples amenazas que pesan sobre las comunidades indígenas de la Amazonia, especialmente vulnerables ante la expansión agresiva de

manifestaciones de las idolatrías del poder y del dinero, que atacan su identidad y su misma supervivencia. “Hoy, los pueblos indígenas – ya lo decía el Episcopado latinoamericano en el documento de Aparecida – están amenazados en su existencia física, cultural y espiritual” (n. 90). Esta es la consecuencia de una historia secular: la explotación de los colonizadores en las encomiendas y en las minas, la difusión de sus enfermedades ante poblaciones desprotegidas, el empeoramiento de la situación de los indígenas después de la independencia, el asalto a las tierras indígenas, el desplazamiento forzado a las selvas, a las montañas áridas y al Sur helado. “Hoy los pueblos indígenas representan el 8% de la población de América Latina, pero también constituyen el 14% de los pobres y el 17% de los extremadamente pobres (...). Los índices de pobreza, mortalidad infantil, educación y brecha digital muestran el grave rezago en el que viven las comunidades indígenas (...). Sus niños se están muriendo más; sus niños están aprendiendo menos; sus adultos están quedando fuera de la integración comunicacional” (Hernán Reyes, “Entre los bicentenarios y el Sínodo de los Obispos: las poblaciones indígenas y los riesgos de generar un indigenismo de fachada”, trabajo inédito).

También el documento sinodal denuncia esta amenaza que se cierne sobre los pueblos indígenas: la riqueza de la selva y de los ríos – que son el ambiente natural de su vida y convivencia – “está amenazada hoy por los grandes intereses económicos (...) que provocan, entre otras cosas, la tala indiscriminada en la selva, la contaminación de ríos, lagos y afluentes (por el uso indiscriminado de agro-tóxicos, derrames petroleros, minería legal o ilegal y los derivados de la producción de drogas)”. La expansión acelerada y descontrolada del agro-negocio, sobre todo a través de los cultivos transgénicos del maíz y de la soja en el Mato Grosso, provoca graves consecuencias.

Lamentablemente, para peor aún, se tiende a menospreciar a los indígenas, desconociendo los valores de sus propias culturas, víctimas de una cultura racista del descarte y la exclusión.

Como bien afirma el documento preparatorio, proteger a las comunidades indígenas, en su libertad, en la regularización respetada de sus tierras, en sus identidades culturales, “es una exigencia ética fundamental”, un compromiso fundamental de defensa de la dignidad de la persona y de los derechos de sus pueblos, que deriva del Evangelio y de la doctrina social de la Iglesia, expresada en la ecología integral de la *Laudato sí*.

No es, pues, extraño que se multipliquen en las últimas décadas los conflictos en los que los indígenas reivindican sus tierras y ambiente natural de vida y que sufran la violencia de los nuevos colonizadores, ávidos de poder y de dinero. El Atlas de conflictos en el Amazonas publicado el año pasado señalaba que por ese entonces estaban ocurriendo 977 conflictos violentos y la Comisión Pastoral de la Tierra del Brasil observaba en un estudio inédito que hay 93.800 familias involucradas en los conflictos agrarios en esa vasta región. El Atlas destacaba dos causas preponderantes en dichos conflictos: la revocatoria de la reforma agraria y la impunidad de los culpables de la violencia en el campo. En el informe de esa Comisión Pastoral se indicaba que entre el año 2001 y el 2010 la lucha por la tierra provocó 377 víctimas en Brasil. A finales de la década del 90, los choques entre los indígenas, taladeros, mineros y petroleros recibió bastante atención de la prensa occidental. La lucha entre los Yanomani, en las selvas amazónicas de Brasil y Venezuela y miles de mineros de baja extracción social conocidos como los “garimpeiros” recibió una especial atención. La situación general ha ido después empeorando.

Un importante estudio de la CEPAL – “Los pueblos indígenas en América Latina. Avances en el último decenio y retos pendientes para la garantía de sus derechos” (1994) – distinguía las siguientes causas de conflictos:

- “Conflictos por un inadecuado o inexistente resguardo jurídico de los derechos de los pueblos indígenas sobre sus tierras, aguas, recursos naturales, biodiversidad y territorialidad.

- Conflictos por afectación de lugares sagrados de los pueblos indígenas.
- Deficiente o inexistente evaluación independiente del impacto ambiental, social, económico y territorial de los proyectos extractivos.
- Incumplimiento del deber estatal de consulta con los pueblos indígenas y de adopción de los resguardos y medidas para proteger sus derechos antes de otorgar concesiones o autorizar la ejecución de sus proyectos extractivos.
- Exclusión de los pueblos indígenas de la participación en los beneficios por la explotación de recursos de sus territorios.
- Criminalización de la protesta social indígena por proyectos de inversión que afectan sus derechos y territorios”.

### ¿Son las “reservas” indígenas una solución?

El Sínodo pan-amazónico es una ocasión providencial para replantearse a fondo las condiciones, criterios y caminos adecuados para afrontar en modo serio, positivo y comprometido la “cuestión indígena” en América Latina, y especialmente en las situaciones propias de la Amazonia. Hay un déficit muy grave en América Latina al respecto. No hay que contentarse con multiplicar diagnósticos y denuncias, ni con enumerar los derechos de los indígenas, aunque hayan sido muy importantes el Convenio n. 169 de Pueblos indígenas y tribales de la OIT (1989) y la Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas (1994). No basta defender a los indígenas o participar solidarios en sus luchas por la supervivencia, por sus tierras y culturas. Hay que proponer proyectos realistas, no exentos de utopías movilizadoras, que ayuden a los indígenas a crecer en su dignidad de personas, a reafirmar concretamente sus derechos humanos, a progresar en una escolaridad adecuada, a afrontar el saber y la disciplina del trabajo, a luchar por la equitativa distribución de los bienes comunes, a elevar sus niveles de vida, a incorporarse en los movimientos populares y a una ciudadanía activa a nivel del siglo XXI, y

así integrarse en los procesos de mestizajes étnicos y culturales de las naciones.

No es apta ni suficiente para encaminarse en tal perspectiva la mera defensa de “reservas indígenas” ilusoriamente incontaminadas. Es justo y necesario que las diversas comunidades indígenas cuenten con una adecuada y protegida demarcación y regularización de tierras como su hábitat humano y natural, pues son hoy las poblaciones más vulnerables y también las más amenazadas. Sin embargo, ello no quiere decir que haya que segregarlos para una preservación en su “estado natural”, con el mínimo de contactos con el resto de las sociedades nacionales, soñando con una presunta armonía idílica entre indígenas y naturaleza, llegando a idealizar el “neolítico”, como si la convivencia entre los indígenas no hubiera dado lugar a guerras y violencias intestinas, a situaciones de miseria, a la desnutrición crónica y alta mortalidad infantil, a una temprana nupcialidad entre los 12 y 14 años y a altos porcentajes de embarazos de adolescentes, a altas tasas de analfabetismo, a infecciones y epidemias en relación a la falta de agua potable, de saneamiento básico y de atención médica “moderna”. La mayor parte de los hogares y comunidades en la región, sobre todo entre los indígenas, presentan necesidades básicas insatisfechas, oscilando entre situaciones de pobreza e indigencia, muy superiores a los promedios nacionales de los países con territorios amazónicos.

Las meras “reservas” indígenas mantienen la marginalidad y exclusión, están destinadas a sucumbir, son caminos de muerte. Si las comunidades indígenas no disponen de elementos para dialogar con el tremendo poder de la cultura y del trabajo modernos, si no hablan más que las lenguas aborígenes, quedan condenados a ir muriendo en el desamparo y exclusión o a ser esclavos de los nuevos señores. “Se enfrentarían así – como lo escribí hace años en mi libro “Una apuesta por América Latina”, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 2005, con prólogo del Cardenal Jorge Bergoglio -, sin recursos, al asalto de la modernidad, de sus modos tecnológicos y productivos, de sus medios de comunicación de masas, de

sus infraestructuras físicas y electrónicas”. Además, la casi totalidad de los jóvenes indígenas – de los que nada se dice en el documento preparatorio, no obstante que el Sínodo anterior haya sido sobre los jóvenes – se sienten atraídos por las ciudades, desean emigrar hacia ellas e incluso lo hacen cada vez con más frecuencia. “Siempre dije – afirmó en tono agresivo y provocativo el expresidente ecuatoriano Rafael Correa – que lo más peligroso es el izquierdismo del todo o nada y el indigenismo infantil, que ve la pobreza como parte del folklore, que acepta las personas viviendo en la miseria como parte de un lindo paisaje”.

Se necesitan, pues, políticas realistas y audaces de valorización de lo mejor de su patrimonio cultural con todas las transformaciones que requieren el bilingüismo, la alfabetización y escolarización, el manejo de la gestión laboral y económica, la incorporación digna en la vida nacional. Las escuelas de niveles primarios y secundarios, así como las escuelas profesionales, promovidas sobre todo por algunas comunidades religiosas, son fundamentales, incluso para formar líderes indígenas que accedan a los estudios universitarios (como sucede con la nueva generación de los mapuches en Chile y en la Universidad Católica de Campo Grande en donde hay más de 100 indígenas estudiando en diversas carreras). La llave de la educación es la interculturalidad, el bilingüismo y que se valore la identidad cultural propia, abriéndola a la alteridad con los otros. Si esta apertura no se hace en forma positiva, de todas formas se hará en forma negativa.

Juan Pablo II supo sintetizar todo esto en una frase: “México tiene necesidad de los indígenas y los indígenas tienen necesidad de México”. También el papa Francisco fue muy expresivo en su encuentro con los indígenas en Puerto Maldonado, durante su visita apostólica al Perú: “Urge asumir el aporte esencial que le brindan a la sociedad toda, no hacer de sus culturas una idealización de un estado natural ni tampoco una especie de museo de un estilo de vida de antaño”. “¡Inclusión no es sólo consideración!”, prosiguió el papa. Es “reconocer que las Comunidades autóctonas son un componente de la población, que tiene que ser

valorizada y consultada, de la que hay que facilitar la plena participación, a nivel local y nacional (...). No se puede permitir una marginación en clases: primera clase, segunda clase...Integración con plena participación”, afirmó el Papa.

### El ejemplo de las “reducciones jesuíticas” para los actuales tiempos amazónicos

Existe en la historia de América Latina un modelo preclaro para afrontar la “cuestión indígena”, del que mucho se puede aprender incluso en nuestra actualidad. Me refiero a las “reducciones jesuíticas” que alcanzaron su ápice con los guaraníes en las selvas del alto Paraná, pero que tuvieron portentoso desarrollo también en las selvas amazónicas de Moxos y Chiquitos en Bolivia, en las zonas tropicales del Oriente peruano, ecuatoriano y los Llanos orientales de Colombia. Ocuparon una vastísima área entre las zonas linderas fluctuantes de los Imperios de España y Portugal, allí donde las selvas y el carácter muy primitivo y belicoso de los indígenas no habían atraído aún el interés de los colonos. Lograron atraer a los indígenas en la creación de nuevos pueblos (“reducciones”), separando la cruz de la espada y logrando que la población indígena tuviera un contacto exclusivo con la acción pacífica, amorosa y persuasiva de los misioneros, sin la mediación de las armas ni la intromisión de la avidez de los colonos. En su fase de apogeo, hacia el 1700, las aldeas misioneras en el Alto Paraná y Alto Uruguay llegaron a ser 30 con alrededor de 5.000 indígenas cada una.

La evangelización de los indios en estos pueblos – cuyo mayor castigo era expulsarlos de ellos – fue capaz de acoger y valorizar lo mejor de sus culturas. De su “comunismo primitivo” desarrollaron amplios espacios de agricultura comunitaria, con tierras e instrumentos de producción de propiedad colectiva, al servicio del bien común de esos pueblos y del sostén de viudas, huérfanos, ancianos y enfermos, en un auténtico “comunismo” cristiano. Fue extraordinario que se lograra hacer coincidir

la propagación de la fe con un sorprendente proceso de crecimiento comunitario que permitió a los pueblos aborígenes superar los estados de la pobreza. No hubo en todo el período colonial otra experiencia igual de aprendizaje y desarrollo de oficios y artesanías, de tecnologías metalúrgicas y textiles, de progreso económico. Los indígenas fueron capaces de fabricar órganos y otros instrumentos musicales, componer música y contar con excelentes coros, construir imprentas y relojes, manejar máquinas de propia elaboración, especializarse en producciones agrícolas, edificar ciudades y en ellas hermosas Iglesias e incluso construyeron sus propias fábricas de armamentos. También los indígenas se autogobernaban según su cultura tradicional bajo la paternidad de los jesuitas. Y la lengua de los guaraníes, gracias a ello, sigue siendo hoy patrimonio de un Paraguay bilingüe, corrientemente usada (agreguemos que lo que queda de las lenguas indígenas, su salvaguardia y desarrollo, tuvo una contribución fundamental y decisiva en los diccionarios, gramáticas, estudios etnológicos y publicaciones de los misioneros por doquier). No hubo ni hambre, ni desocupación, ni vagancia, ni analfabetismo, ni violencias en estas misiones. Como serían esas misiones que aquel Voltaire que llamaba a la Iglesia la “Infame”, reconociera que “parecían un triunfo de humanidad”. Fueron también admiradas por el marxista peruano José Carlos Mariátegui en su notable “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana”. “Lo que los socialistas siguen soñando siempre en sus modernos falansterios – escribía en el siglo XVIII el jesuita Jerez – se ha realizado allí como un milagro de amor y sin necesidad de palabras utópicas”.

La avidez de los colonos y el “despotismo iluminado” lograron destruir a las “Reducciones”, no obstante la resistencia de los indígenas. Los indígenas dispersos, a través de procesos de mestizaje étnico y cultural, fueron componente importante de la población paraguaya, de Santa Cruz de la Sierra, del vasto “hinterland” de Sao Paulo, del gauchaje de las pampas argentinas y uruguayas.

Si esta experiencia en medio de las selvas, incluso también selvas amazónicas, con tribus muy primitivas y belicosas, fue la más lograda experiencia de compromiso con la “cuestión indígena” en América Latina, la mayor experiencia de un crecimiento en humanidad de los indígenas, el mejor modelo de un desarrollo sustentable para su bien común -, ¿es que no tenemos nada que aprender de todo ello cuando afrontamos la cuestión indígena de la Amazonia? Si esto sucedió hace más de tres siglos, ¿nada semejante tenemos que replantearnos ahora para la Amazonia del siglo XXI?

### Inculturación del Evangelio y evangelización de las culturas

La inculturación del Evangelio y la evangelización de las culturas es una cuestión central que no puede no ser abordada por la misión de la Iglesia entre los indígenas de la Amazonia.

El punto de partida indispensable es el de la escucha de los indígenas, compartiendo su vida, aprendiendo de su cultura. La Amazonia – como dijo el papa en Puerto Maldonado – no es tierra de nadie, “sin lazos, sin rostros”. Resulta, en efecto, fundamental, respetar la cultura de los indígenas, compenetrarse con ella, lo que se logra sólo conviviendo con los indios. Toda forma apresurada y confusa de evangelización con “occidentalización” es perjudicial para los indígenas y también para la evangelización. Hay que saber valorizar lo mejor de las culturas indígenas: el amor a la tierra como hábitat del buen vivir y signo de fecundidad, la apertura a la acción divina por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana, el sentido de solidaridad en el seno de tribus y comunidades, la importancia de lo cultural y creencia en una vida ultraterrena. Son riquezas culturales que también están en la base de la identidad de nuestros pueblos actuales. La Iglesia tiene que defender esos valores culturales – que son, además, “semillas del Verbo” – ante las fuerzas arrolladoras de una modernidad unidimensional, uniformizadora, idólatra del poder y del dinero, de relativismo hedonista e incluso nihilista.

Sin embargo, no hay que olvidar – y nada dice al respecto el documento preparatorio – las deficiencias y miserias que también han arrastrado durante siglos algunas culturas indígenas (así como lo hacen las más diversas culturas): poligamia e incesto, sacrificios de animales y personas, guerras y matanzas, antropofagia, violencia contra las mujeres... Ignorarlas puede ser la tentación de quienes pretenden hacer resurgir en el siglo XXI la “teoría del buen salvaje”, que sólo es apta para entusiasmar a turistas europeos y norteamericanos emocionados por el folclore primitivo, para alimentar un populismo demagógico y para provocar la excesiva “idealización” de generosos misioneros, sobre todo extranjeros, pero no para el realismo de la caridad y la misión.

Es muy dramática la situación que se crea entre los jóvenes indígenas que emigran hacia las ciudades; quedan en medio de una cultura ciudadana que los excluye y arrastran una cultura ancestral que han ido abandonando. Sobreviven en favelas sin tierra, ya sin una identidad, como proletariado excluido y desculturizado: los jefes de la tribu les gritan porque se comportan como “occidentales”, pero, a la vez, no se los deja entrar en los “shopping centers” por donde abundan los hijos de los productores de soja, de funcionarios estatales o de técnicos de obras de infraestructura. En ese choque muy duro y profundo, no cabe extrañarse que sean muy frecuentes los suicidios de jóvenes indígenas.

El trabajo evangelizador implica, pues, una compenetración con las culturas indígenas y una paciente, sabia y perseverante inculturación del Evangelio en dichas culturas. No hay que considerar que el respeto y valorización de las culturas indígenas imponga que se las trate como objeto arqueológico y etnológico de museo, de “reserva”, y que la evangelización sea un atentado contra dichas culturas. Las culturas indígenas han ido evolucionando y transformándose en el curso de milenios y siglos para ir enfrentando siempre nuevos desafíos y logrando más adecuadas formas de adaptación al medio ambiente.

La Amazonia como tierra virgen habitada por quienes no han visto nunca al “hombre blanco” es una proyección irreal. Las pocas tribus

aisladas e “invisibles”, que tiran flechas al avión que pasa, no están formadas por más que de algunas decenas de personas. Los nativos siguen viviendo en los bosques lluviosos, pero su cultura se ha relacionado de mil maneras con el mundo exterior a ellos. Los impactos creados por la apertura de autopistas, carreteras y mejoras de las hidro vías, así como la llegada de migrantes venidos de otras regiones y las redes de telecomunicaciones están provocando grandes transformaciones de la Amazonia. En lugar de usar sus taparrabos y plumas, la mayoría de los amerindios utiliza ropas occidentales y muchos usan ollas y utensilios de metal en su vida cotidiana. Algunos grupos hacen artesanías para atraer a los turistas que llegan en embarcaciones, mientras que otros realizan periódicos viajes rutinarios a la ciudad para llevar y traer comida y mercancía para vender. Casi ningún grupo nativo depende por completo de la cacería nómada tradicional, ni de la colecta de vegetales silvestres. Los cultivos les sirven como fuente complementaria de alimentos. Han ido creando sus huertos, con plantaciones de plátanos, mandioca o arroz. El diario *Folha de S. Paulo* del 5 de enero de 2014 escribía sobre una tribu que es evangélica, se apasiona por los partidos de fútbol del Corinthians y del Flamengo, vive en casas de madera con electricidad, son todos bilingües, tienen aparatos de televisión y motocicletas y dos de sus ocho aldeas están conectadas a internet. Además, los movimientos sociales de los indígenas han alcanzado el mayor nivel de organización que existe en cualquier bosque lluvioso. Todo eso, ¡y mucho más!, muestra una transformación de las culturas indígenas que está en pleno curso. El “fijismo” de una cultura indígena secular, incapaz de transformaciones e integraciones, es imagen legendaria, romántica e ilusoria.

No entiendo, pues, porqué este documento preparatorio del Sínodo pan-amazónico no ha sabido retomar creativamente lo que el Santo Padre Francisco desarrolla en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, referido a la inculturación del Evangelio y a la evangelización de las culturas. La Iglesia se enriquece encarnándose en la cultura de los pueblos, su Evangelio no se identifica con ninguna cultura aunque se transmita con ropaje cultural (porque encarnado), su mensaje es fuente de

discernimiento, purificación y enriquecimiento de toda cultura. De allí, la belleza del pueblo de Dios con diversos rostros y el desafío de edificación del pueblo de Dios con rostro amazónico.

También mucho podemos aprender de la historia de la evangelización en América Latina, en la que para abrazar la realidad de los indígenas y conocer adecuadamente sus culturas, los misioneros convivieron con sus comunidades, y abundaron los misioneros geógrafos, etnólogos, arqueólogos, lingüistas y especializados en otras disciplinas, en tal medida que gran parte de lo que se conoce de las seculares culturas indígenas es fruto de esa acción misionera (aunque sabemos y lamentamos que hubo también quienes cometieron el crimen de quemar libros indígenas y destruir sus monumentos y templos en una lucha violenta contra la idolatría). También entre los jesuitas los hubo expertos en la lengua tupí – como Diogo Nunes, Manuel de Nóbrega, José de Anchieta, Lorenzano, ... -, autores de obras enciclopédicas sobre la geografía, historia, economía, flora y fauna acuática y terrestre, costumbres de los pueblos, como el padre Joao Daniel y Montoya. La conexión entre las bahías de los ríos Negro y Orinoco fue confirmada por primera vez por el padre jesuita Manuel Roviare en 1744. Y así podríamos seguir enumerando... Además, hay que tener en cuenta y valorizar importantes centros culturales que estudian con mucha seriedad las actuales culturas indígenas, como la Universidad Católica Don Bosco en Mato Grosso del Sur y las ediciones Abya-yala en Ecuador. El padre de la antropología cultural, Claude Lévy-Strauss, acérrimo crítico de los misioneros, pidió disculpas de muchas de sus críticas luego de conocer la monumental enciclopedia Bororo, realizada por los salesianos de Mato Grosso.

### ¿Y qué hay de la religiosidad popular?

La dimensión religiosa es constitutiva de toda cultura y se transforma en piedad popular católica cuando es evangelizada. Por eso, hay que

considerar con mayor atención la religiosidad y la piedad en los pueblos de la Amazonia.

La mayor parte de los pueblos indígenas conservan formas de un politeísmo panteísta ligado a su tierra. Hay que saber – como se ha dicho – respetar la cultura indígena y sus expresiones religiosas. Pueden advertirse en ellas las “semillas del Verbo”. Pero sería muy equivocado que los misioneros se contentaran con ese respeto o con formas sincretistas confusas. Es lamentable que algunos misioneros sean los que proponen y alientan la restauración anacrónica de viejas prácticas y creencias religiosas. Está muy bien el respeto de las sensibilidades religiosas de cada uno y la gradualidad de la evangelización, pero resucitar artificialmente elementos religiosos arcaicos, con bastante ignorancia y superficialidad, termina en el folclore religioso más que en una seria evangelización inculturada. El testimonio misionero ha de tener – como frecuentemente lo destaca el papa Francisco y como lo destacara también el papa Benedicto en Aparecida – ese atractivo singular, esa belleza de vida, esa caridad sorprendente, capaz de provocar el estupor entre quienes los encuentran y viven con ellos y así suscitar un diálogo en el que se puedan dar las razones de la propia felicidad y esperanza, anunciando la presencia de Jesucristo, hijo de Dios vivo, Salvador y Señor. Los cristianos queremos, por gracia de Dios, como nos lo ha indicado Jesús, “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2, 1). Ese es el mejor servicio que podemos dar a los pueblos indígenas.

El documento preparatorio poco o nada dice sobre la creciente presencia de evangélicos y pentecostales en las aldeas indígenas y en la incorporación de muchos indígenas a sus comunidades. Ésta es una realidad que no puede pasarse por alto sino que exige una profunda revisión de vida de parte de las misiones católicas. ¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué es lo que está faltando en nuestra evangelización, en nuestra acción pastoral? Falta totalmente la autocrítica de situaciones de vacío pastoral y religioso de diócesis y congregaciones sólo concentradas en la lucha social y ambiental. Si se descuida la dimensión religiosa para

privilegiar las tareas de lucha social, esa dimensión religiosa fundamental será satisfecha por otros.

Más extraño es que no se considere más a fondo la piedad popular católica de las poblaciones de la Amazonia, incluso en sectores indígenas. El Papa Francisco considera esta piedad popular como una referencia fundamental en la inculturación del Evangelio y en la vida y misión de la Iglesia. Mons. Ireneu Román, obispo auxiliar de la diócesis de Belén, ha destacado al respecto la importancia que tiene la fiesta de Nuestra Señora de Nazaré, que se celebra el segundo domingo de octubre y que marca la vivencia religiosa popular en la Amazonia brasileña, especialmente en el estado de Pará (pero no sólo...): es la fiesta religiosa que congrega más devotos en todo el Brasil, llegando a más de dos millones de fieles. Como reconoce Mons. Vital Corbellini, obispo de la diócesis de Marabá, “ se trata de una manifestación popular y una devoción muy importante para el pueblo cristiano, no sólo católico sino también evangélico, que, en algunos casos, ayudan y acompañan el desarrollo de la fiesta”.

Existen diversas versiones de las apariciones milagrosas de esta Reina de la Amazonia. La historia nos dice que el primer Cirio de Nazaré tuvo lugar el 8 de septiembre de 1793, en el que ya participó una multitud de todas las clases y razas. “Los cirios – añade Mons. Corbellini – son momentos fuertes de evangelización”, que incluso retoman temas relacionados con la Campaña de Fraternidad anualmente promovida por la Conferencia Nacional de Obispos del Brasil (CNBB). Según Mons. Corbellini, en las celebraciones de la fiesta “tenemos en cuenta la realidad actual de vida de nuestras ciudades y personas del campo, con problemas sociales, de violencia, muerte de jóvenes, desempleo, la superación del alcoholismo, los asaltos, las drogas, la trata de personas, la falta de reforma agraria, la reflexión sobre la deforestación, el nivel del agua de los ríos que está bajando debido a las sequías y a los incendios forestales, las personas afectadas por los embalses, personas matadas en el campo y la ciudad”. No se lleva a cabo sólo en Belén, sino que es una fiesta celebrada en muchas diócesis de la región.

Nada se dice de ello en el documento preparatorio ni de las muy numerosas y diversas expresiones de esa piedad popular católica en los pueblos indígenas evangelizados del Oriente peruano y ecuatoriano.

### ¿Y la pastoral de las ciudades amazónicas?

No toda la población amazónica, ¡ni mucho menos!, está compuesta por las comunidades indígenas de los bosques lluviosos. Nada se dice ni se propone en el documento preparatorio respecto de los “caboclos”, los “ribeirinhos”, de los “quilombolas”, etc. En la Amazonia brasileña los indígenas son sólo alrededor de 450.000 personas, apenas el 0.25% de la población total del Brasil.

Si son unos 3 millones de indígenas los que viven en la cuenca amazónica de 9 países, la población urbana de la cuenca es de unos 30 millones. No se puede ignorar en un Sínodo amazónico la existencia de grandes ciudades como Manaus y Belén, con más de un millón y medio cada una, pero tampoco ciudades como Iquitos, Macapá, Porto Velho y Boa Vista, con más de 300.000 habitantes y muchas otras más (Florencia y Leticia en Colombia, Trinidad en Bolivia, Lago Agrio en Ecuador, Linden en Guyana, Blauwgrond en Surinam, Ature en Venezuela...). En la parte andina de la Cuenca amazónica un alto porcentaje de población se compone de comunidades indígenas que viven en ciudades.

Nada se dice en el documento preparatorio sobre la pastoral urbana en las ciudades de la Amazonia, referida a la gran mayoría de su población. Se sabe, sí, que muchas de estas ciudades han crecido desordenadamente y en forma muy desigual, acogiendo en sus periferias a una multitud de desheredados en condiciones miserables, entre los cuales muchos indígenas. En ellas se da - menos en el caso de las ciudades campesino-indígenas de la amazonia peruano-ecuatoriana -, un gran choque de culturas con enormes dificultades de integración. El alcoholismo, la trata de personas y el tráfico y consumo de drogas es el pan nuestro de cada día. A diferencia de las zonas selváticas, en las ciudades permanece la

estructura parroquial y de capillas y, en algunos casos de comunidades eclesiales de base. Se necesitaría un trabajo sinodal de mayor y más atento intercambio de experiencias sobre la presencia y misión eclesial en dichas ciudades.

No se debe olvidar tampoco la necesidad de una presencia eclesial referida a los millones de pequeños agricultores en la Amazonia.

### Cuestión social, cuestión ambiental

Uno de los puntos ejes de la encíclica papal *Laudato sí* ha sido la inseparable relación existente entre cuestión social y cuestión ambiental, por lo que se habla de una "ecología integral". También en la Amazonia ese binomio se verifica: los problemas ambientales se descargan sobre todo en los más pobres y vulnerables, que son los pueblos indígenas. El documento preparatorio del Sínodo amazónico lo destaca muy bien.

En efecto, los procesos de deforestación y praderización en una continua expansión territorial de la frontera agrícola y la ganadería extensiva, los incendios forestales y la tala para la venta de la madera, la intensificación de actividades extractivas por medio de la minería legal e ilegal, el establecimiento de cultivos de uso ilícito y la contaminación de las abundantes aguas, entre otras cosas, tienen efectos adversos relativos al ambiente humano y natural, que sufren sobre todo los indígenas que viven en los bosques lluviosos. El expresidente colombiano Santos ya había admitido en 2015 que “hoy, la minería ilegal mueve más recursos para las bandas ilegales, para la guerrilla, para las mafias...que el mismo narcotráfico”. “El oro se convierte – se escribía en “El Nuevo Herald” del 16 de enero de 2018 – en fuente de vida de pandillas y de guerrilleros, y está convirtiendo las selvas vírgenes en paisajes tóxicos llenos de mercurio y cianuro”.

Los pueblos indígenas de la Amazonia son socios esenciales en el desarrollo sostenible de la región, por su dominio territorial, su concepción

adaptativa de la relación sociedad-naturaleza, sus prácticas ecológicas productivas y la naturaleza colectiva de los resguardos. Los pobladores milenarios han aprovechado en forma sostenible los recursos de la región, gracias a un profundo conocimiento de su biodiversidad y su funcionamiento eco-sistémico. Ellos son también los defensores de la Amazonia contra formas destructivas movidas por avaricia e intereses de los poderosos. En un momento en que la humanidad “está pecando gravemente en no cuidar a la tierra” – dijo el papa Francisco dirigiéndose a los participantes al tercer Forum internacional de los pueblos autóctonos, el 17 de febrero de 2015 –, las poblaciones indígenas no permitan que “las nuevas tecnologías” que “destruyen la tierra”, “la ecología”, “el equilibrio ecológico”, terminen también “destruyendo la sabiduría de los pueblos”. Y concluyó afirmando: “un desarrollo tecnológico y económico que no deje un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior, no puede considerarse progreso”.

### Un desarrollo sostenible

No es cosa buena contraponer ideológicamente el cuidado ambiental con el desarrollo agro-pecuario, industrial y tecnológico en los enormes espacios de la Amazonia. Quienes así lo hacen quieren mantener ilusoriamente la Amazonia como reserva mundial incontaminada. Oponerse en línea de principio a toda actividad económica moderna, a toda obra de infraestructura física, eléctrica, hidro-eléctrica, de telecomunicaciones o telemática, es caer en visiones ideológicas reductivas y empobrecedoras. ¿De qué “desarrollo sostenible” se habla si se rechaza todo ello? El desarrollo sostenible implica la creación de valor ambiental, pero también social y económico.

El espacio geográfico de la cuenca amazónica, de unos 7 millones y medio de kilómetros cuadrados, es superior al de toda Europa occidental (hasta las fronteras de Rusia, incluyendo los países mediterráneos, los países balcánicos, los países centro-europeos, los países nórdicos y los

países isleños). Y esta Europa occidental está habitada por cientos de millones de personas. En los espacios inmensos de la cuenca amazónica, en cambio, la población total de la región no supera los 30 millones de personas, la gran mayoría habitantes de 24 ciudades, mientras que la población indígena no supera los tres millones de habitantes. Según el último Censo del Brasil en 2010, viven en el gigante de lengua portuguesa 896.900 indígenas, menos del 5% de su población de 190 millones de habitantes. El 36% residía en área urbana y el restante 63% en zonas rurales. Ello quiere decir que en la inmensa selva amazónica brasileña viven apenas alrededor de medio millón de indígenas. La conclusión es que en la cuenca amazónica la densidad demográfica es bajísima y existen enormes espacios vacíos de presencia humana. Incluso las necesarias demarcaciones y regularizaciones de tierras para protección del hábitat de los indígenas y las legítimas reivindicaciones al respecto tienen que evitar propuestas territoriales sumamente exageradas. Un territorio como Italia para unos miles de indígenas ciertamente lo es.

No hay que imaginar que la extensión de las actividades agro-pecuarias se debe no sólo a potentes especuladores de tierras y complejos multinacionales, sino que existen centenares de miles de pequeños agricultores que representan la gran mayoría de los establecimientos agropecuarios. La explotación agrícola puede bien desarrollarse en tierras que han sido ya altamente transformadas. Sin embargo, tiene que ser estrictamente controlada e incluso reprimida la avidez de nuevas tierras – y tierras desforestadas para ello – por parte de grandes intereses multinacionales del agro-negocio, que componen una “lobby” potente en el parlamento brasileño. Según la ONG Global Forest Watch, el Brasil arrasó 5 millones de hectáreas en el año 2016, dos veces más que el año precedente, en gran parte a través del modelo extensivo de la soja, cuya superficie de cultivo aumentó del 60% en los últimos 10 años, sobre todo en la selva tropical del Mato Grosso. Nada bueno se avizora en el próximo futuro a este respecto...

Por su parte, la minería extractiva, legal e ilegal, ha hecho en la historia de América Latina - ¡y sigue haciéndolo! - estragos, destrucciones y contaminaciones destinados sólo a beneficiar a los potentes de turno y no al bien común de los pueblos. Basta pensar desde nuestros orígenes en el Potosí, macizo de plata con la cual se podría construir un puente – se decía – desde el Alto Perú hasta Madrid. “La plata circuló por las venas de monarquías, sostuvo guerras y crecimientos económicos europeos, pero arrasó la naturaleza de aquellas montañas y tierras circundantes, y dejó en la miseria a sus pobladores (de los que cobró muy altos tributos de sangre). Hubo un profeta (en el siglo XVII) que llamó a Potosí una ‘boca del infierno’, sus llamas alimentadas por los cuerpos de los indígenas, para satisfacción de los intereses de los explotadores. ¡Cuántas de nuestras riquezas humanas y naturales han sufrido el mismo destino!” (así lo escribí en mi libro “Memoria, coraje y esperanza a luz del Bicentenario de la Independencia de América Latina”, edit. Nuevo Inicio, Granada 2017, con presentación del papa Francisco y prólogo del Cardenal Bergoglio). La idolatría del dinero, la explotación descontrolada de compañías multinacionales y la avidez de maximización de ganancias han provocado estos desastres.

De todos modos, no se trata de condenar a priori cualquier tipo de explotación de minerales en la Amazonia. Sería absurdo acabar con la extracción del cobre en Chile, primer productor mundial, o del estaño, plomo y zinc en Bolivia, o del hierro, bauxita y aluminio en Brasil, o del oro, la plata y otros metales preciosos en Argentina, Bolivia, Chile, Perú, Ecuador, Colombia y México, etc. Estas explotaciones mineras requieren profundas y vastas excavaciones, con vasto uso de las aguas y necesidad de inversiones energéticas. Por eso, hay que estudiar a fondo su sostenibilidad, su impacto social y ambiental, sus reales beneficios al bien común (y no a oligarquías de poderosos y cómplices en la administración de gobiernos). Incluso el petróleo, que también ha arruinado muchas tierras latinoamericanas - ¡bien lo saben últimamente los ecuatorianos! – es todavía muy necesario para América Latina, aunque lo tendría que ser cada vez menos en un ausplicable proceso de transición energética, hacia el uso

de energías limpias y renovables que progresivamente dejen atrás el uso de combustibles fósiles. Pero si ello implica también cuestionar toda represa hidroeléctrica, fuente de energía limpia y renovable, entonces se arriesga querer dejar sin electricidad a vastas regiones, a millones y millones de personas - y entre ellos a las poblaciones amazónicas -, a sectores productivos necesarios para el trabajo y el desarrollo. La represa de Itaipú es una obra fundamental para el Paraguay y vastas regiones del centro-sur del Brasil.

Tampoco es razonable el rechazo prejudicial de toda obra de infraestructura física, como autopistas, carreteras e hidrovías, que evitan que las poblaciones amazónicas queden en el aislamiento, mejoren los medios de comunicación y transporte y permitan que muchas comunidades puedan ser atendidas en su salud. De todos modos, hay que estudiar muy bien su proyectación y consecuencias para que estas vías de comunicaciones no sean excesivamente invasivas y generen movimientos de población incontrolables.

El papa Francisco lo expresó claramente: “Creo que el problema principal – dijo dirigiéndose a los participantes al III Foro de los pueblos indígenas convocado por el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, el 15 de febrero de 2017 – está en cómo conciliar el derecho al desarrollo incluyendo también el derecho de tipo social y cultural, con la protección de las características propias de los indígenas y de sus territorios. Esto se hace más evidente sobre todo cuando se trata de estructurar unas actividades económicas que pueden interferir con las culturas indígenas y su relación ancestral con la tierra”. No es verdadero desarrollo si cargado de desigualdades, homogeneidad cultural y degradación ambiental, sin que sirvan al “buen vivir” o “vivir bien” de los indígenas.

En este sentido, hay que tener en cuenta tres condiciones fundamentales. La primera es la que estas actividades sean “sostenibles”. La CEPAL señala cuatro criterios al respecto. El primer criterio es económico-financiero, requiriendo que la infraestructura o explotación sea económicamente sostenible, genere un retorno positivo, teniendo en cuenta

todos los beneficios y costos del proyecto a lo largo de su vida. Del punto de vista ambiental, es sostenible si conserva, restaura e integra el medio ambiente natural, apoyando el uso sostenible y eficiente de recursos naturales como la energía, el agua y los materiales, evitando contaminaciones y promoviendo una economía baja en carbonos. Es “sostenible” socialmente si es incluyente, o sea, que sirva a todas las partes interesadas, contribuyendo a elevar los niveles de vida de todos, siguiendo las normas adecuadas en materia laboral, de salud y seguridad. Y es “sostenible” desde un punto de vista institucional si está alineada a los compromisos nacionales e internacionales y basada en sistemas de gobernanza transparente a lo largo de toda la ejecución del proyecto, evitando toda situación de corrupción.

“Es siempre necesario un muy atento discernimiento del impacto ambiental de las decisiones de naturaleza económica, para considerar bien los costos humanos y ambientales a largo plazo – señaló el papa Francisco, dirigiéndose a los participantes al simposio para los dirigentes de las principales empresas del sector petrolífero, del gas natural y de otras actividades empresariales vinculadas, realizado en el Vaticano el 9 de junio de 2018.

En segundo lugar, el Papa agregó algo muy importante: que se impliquen “lo más posible en los procesos decisionales las instituciones y comunidades locales”. “Siempre debe prevalecer – dijo el Papa al III Forum de pueblos indígenas – el derecho al consentimiento previo e informal, según lo exige el artículo 32 de la Declaración sobre los derechos de los pueblos indígenas”. Esto no puede querer decir – como lo señalaba Rafael Correa durante su presidencia del Ecuador – que un muy pequeño grupo de indígenas pueda oponerse definitivamente al uso de recursos estratégicos de los países, que traerían consigo beneficios comunes de relevancia social y nacional, sino que es fundamental un diálogo entre las autoridades y poblaciones interesadas para tratar de llegar a positivos entendimientos. Cuando sea estrictamente necesario el desplazamiento de poblaciones o comunidades, su relocalización territorial

y reasentamiento de comunidades hay que asegurar efectivamente que cuenten con todos los servicios, que no afecte sus condiciones de trabajo y sea para mejorar su nivel de vida. “Sólo así se puede garantizar una cooperación pacífica entre las autoridades gubernamentales y los pueblos indígenas – concluyó el Santo Padre - que supere las contradicciones y conflictos”.

En tercer lugar, es bueno y necesario que haya vastas zonas que se protejan como santuarios del eco-sistema, sin ningún tipo de grandes explotaciones económicas y obras de infraestructura.

### ¿Internacionalización de la Amazonia?

No cabe duda que la Amazonia es un “pulmón del planeta”. Merece, pues, toda la atención e interés a nivel de la comunidad internacional. Esta atención ha aumentado por los graves problemas que están causando los cambios climáticos. El Acuerdo de París, firmado en 2015 por 195 países fijó una meta obligatoria: impedir que la temperatura media de la Tierra supere los dos grados por encima de los niveles pre-industriales. Una aliada indispensable para lograr este propósito es la vegetación tropical, porque absorbe CO<sub>2</sub>, el principal gas de efecto invernadero, que emite la combustión de fuentes de energía fósiles: fábricas, vehículos...Ésta es la tecnología más barata y segura para capturar y almacenar el carbono. Si estas áreas verdes son destruidas, no sólo se reduce la superficie que puede mitigar esos efectos, sino que se aumenta la cantidad de CO<sub>2</sub> en la atmósfera. Además, la Amazonia es una de las grandes reservas de agua dulce en el mundo, junto con el acuífero guaraní, y de ecosistemas donde se desarrolla una riquísima biodiversidad. El episcopado latinoamericano en Aparecida y el papa Francisco en varias oportunidades han destacado las implicaciones no sólo latinoamericanas sino también internacionales que están en juego en la Amazonia.

Sin embargo, hay que advertir que se están levantando aquí y allá voces influyentes y poderosas que plantean la posibilidad de la

“internacionalización” de la Amazonia a cambio de la deuda de los países amazónicos. El documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida señala acertadamente que “la creciente agresión al medioambiente puede servir de pretexto para propuestas de internacionalización de la Amazonia, que sólo sirven a intereses económicos de las corporaciones transnacionales” (n. 86). Y el documento preparatorio del Sínodo denuncia “la perversión de ciertas políticas que promueven la ‘conservación’ de la naturaleza sin tener en cuenta al ser humano y, en concreto a los hermanos y hermanas amazónicos que habitan en ellas”. Son muy numerosas las Organizaciones No Gubernamentales que se proponen fines benéficos para la Amazonia, pero algunas de ellas son expresión, o cuentan con el apoyo, de fundaciones y corporaciones que nunca se han destacado por su compromiso con los pueblos y con los pobres en América Latina. Es lo que denuncia el vice-presidente boliviano Alvaro García Linares en su libro “Geopolítica de la Amazonia. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista”, señalando que “las ONGs son corresponsables de la pérdida de soberanía estatal en extensas áreas de la Amazonia”.

Es, pues, importante subrayar que la cuenca amazónica es de soberanía brasileña, boliviana, peruana, ecuatoriana, colombiana, venezolana, etc. en los territorios correspondientes, soberanía sujeta a la dialéctica democrática en dichos países y que está preñada de graves responsabilidades internacionales. ¡Es un bien de y para América Latina, que tiene que cuidar ese bien que es para todo el mundo!

En modo provocatorio, Cristovan Buarque, exgobernador del Distrito Federal en Brasil, planteaba lo siguiente: si hay que internacionalizar la Amazonia porque es un patrimonio común de la humanidad, internacionalicemos las reservas del petróleo del mundo entero, los grandes capitales financieros de los países ricos, los grandes museos del mundo, entre otros bienes que tienen que considerarse comunes...

## Importancia de la Amazonia para la integración sudamericana

La cuenca amazónica está presente en 9 países sudamericanos, pero cada vez más jugará un papel fundamental en la integración de toda Sudamérica. Cierta imaginación la presenta como región remota y aislada cuando, en cambio, su realidad está estrechamente vinculada a todo el Brasil y se da una fuerte interacción con los Andes y sus selvas tropicales. La cooperación transfronteriza es intensa y sólo la Colombia amazónica no está comunicada con el Brasil amazónico por una autopista. Considerarla un enorme bolsón casi vacío de reservas indígenas descoyunta la geografía sudamericana e impide afrontar con seriedad y perspectiva histórica la necesaria y fundamental integración de una América Latina que fue “balcanizada” y que sin emprender un intenso proceso de integración y cooperación no logrará afrontar su desarrollo auto-sostenido, sus gravísimos problemas sociales, la liberación de su dependencia subalterna y su autónomo papel en el concierto internacional. La Amazonia se irá volviendo centro neurálgico de todo Sudamérica y no una región marginal.

Si no se tienen muy presentes los ejes conductores reales y viables de procesos de integración, la referencia a la “Patria Grande” arriesga reducirse a retórica romántica o utópica. Es en este sentido que la alianza entre Brasil y los países hispanoamericanos - que rompe una secular contraposición, incomunicación e ignorancia recíprocas-, es absolutamente fundamental. El MERCOSUR fue un salto cualitativo en esa dirección, pero ha ido quedando empantanado, limitado a algunos intercambios comerciales siempre amenazados por los “proteccionismos” reclamados por intereses locales y nacionales, carente de dirigencias políticas, empresariales y populares que hayan sabido desarrollarlo a todos los niveles como expresión de fraternidad de los pueblos y base común de desarrollo autosustentable y sostenido. Hoy arriesga ser sepultado por miras políticas muy estrechas. Esto será un grave mal para América Latina, pero su destino será resurgir cuando resurjan los pueblos y dirigencias esclarecidas. La Amazonia es hoy comunicación estratégica del Brasil con los países sudamericanos de la Alianza del Pacífico. Las obras

de infraestructura física, eléctrica, de energía y telecomunicaciones que promuevan esa integración, con todos los cuidados humanos y ambientales requeridos, serán para bien de los pueblos concernidos. ¿Acaso no es positivo el proyecto en curso del “Corredor Ferroviario Bioceánico de Integración”, que unirá, atravesando Bolivia, el puerto peruano de Ilo -al sur, cercano a Tacna- con Santos, cercano a Sao Paulo, en Brasil, megaproyecto con apoyo chino que impulsa el gobierno del presidente Evo Morales e incluye a Uruguay, Paraguay y Argentina por la hidrovía de los ríos Paraguay-Paraná? ¿Acaso no son necesarias la autopista transamazónica o la que recorre 5.000 kilómetros junto al río Amazonas? Los fundamentalistas que rechazan de plano todas las obras de infraestructura no hacen bien a la Amazonia – dejan a poblaciones indígenas aisladas, incomunicadas e impotentes-, ni a la integración de América Latina ni al desarrollo de sus naciones.

Incluso cabe soñar con la vinculación del Caribe latinoamericano con el Río de la Plata, y de las dos cuencas fundamentales, la de la Amazonia y la cuenca platense, por medio de un sistema de hidrovías que serían de gran importancia para la unidad latinoamericana y el desarrollo de nuestros pueblos y naciones.

Además, habría que rescatar y estudiar lo que significa el Tratado de Cooperación Amazónico y las tareas que tendría que emprender.

La Iglesia católica cuenta con una profunda autoconciencia latinoamericana. El CELAM es expresión de su latinoamericanización, signo de unidad de sus pueblos. Su misión, pues, tiene que saber avizorar estos horizontes y apoyar todo lo que signifique más concreta comunicación, fraternidad y solidaridad entre los pueblos hermanos.

### Las amenazas de la fragmentación

La región pan-amazónica es una definición geográfica marcada por la selva tropical húmeda, la cuenca hidrográfica y la presencia de muy diversas etnias indígenas, pero no constituye un sujeto político.

En la historia moderna de una América Latina ya “balcanizada” después de los procesos de independencia de los imperios hispánicos, hubo quienes propusieron fragmentarla aún más, repitiendo mecánicamente y groseramente los escritos de Stalin sobre “la cuestión nacional”. Hubo estalinistas – como señala Jorge Abelardo Ramos en su “Historia de la Nación Latinoamericana” – que propusieron, por ejemplo, dividir el Perú en dos Estados soberanos, uno quechua y otro aymará, o que hablaron de la existencia de más de 34 nacionalidades en Bolivia con derechos de soberanía. Son disparates ya lejanos.

Sin embargo, hay actualmente quienes bregan por una “nación guaraní”, separando territorios de Paraguay, Bolivia y Brasil. En Chile hay quienes luchan por la independencia territorial y soberana de la nación mapuche. Una cosa es el legítimo, justificado y positivo autogobierno de los pueblos indígenas para la defensa de sus derechos, tierras y culturas, pero otra cosa es la fragmentación en pequeñas entidades soberanas impotentes. No se puede “apostar – dijo el expresidente ecuatoriano Rafael Correa – a la fragmentación del Estado o a poner fin a la unidad nacional. La idea de siempre fue la de reconocer la diversidad y la diferencia para lograr que los indios estén más integrados y cohesionados en cuanto a nación, pero no para generar cualquier autonomía territorial que enflaquezca el Estado nacional”.

“Integración con plena participación” de los indígenas en las sociedades nacionales, señaló el papa Francisco, quien ha destacado en muchas oportunidades el carácter mestizo de América Latina. Este mestizaje involucró, desde el siglo XVI, a las tres mayores familias raciales del planeta: por orden de su aparición en América, mongoloides, caucasoides y congoides. Las más variadas etnias y culturas indígenas, los hispánicos de seculares y diversos estratos culturales y los esclavos de las diversas culturas africanas se dieron cita en el Nuevo Mundo. Un católico, ministro

de educación de la Revolución mexicana, José Vasconcelos, habló poéticamente de una “raza cósmica”, de América Latina llamada a ser lugar de encuentro y síntesis de las razas del mundo. Es evidente, como lo señala el documento de Aparecida, que ese mestizaje ha sido incompleto y desigual, cargado de dominaciones, y que requiere la incorporación y valorización de “todas las sangres” (como dice el escritor José María Arguedas). Es un mestizaje étnico y cultural que sigue procesándose en nuestra actualidad y es bueno que siga procesándose. También las poblaciones indígenas están destinadas a “mestizarse en nuevas síntesis como en el pasado” (cfr. alocución del papa Francisco al Colegio Pío Latinoamericano, 15.XI.2018).

### ¡Más experiencias pastorales!

El documento preparatorio del Sínodo pan-amazónico deja el sabor de una insuficiente consideración de la acción pastoral de la Iglesia en la Amazonia. Se pasa del diagnóstico a la denuncia, agregando algunas consideraciones teológicas muy marcadas por un clericalismo abstracto. No se advierte concretamente cómo se realiza la misión evangelizadora en aldeas, comunidades y ciudades. Nada se dice sobre los procesos de catecumenado, que es proceso paciente que busca inculturar la fe, bebiendo de dos ríos, que son la cultura indígena y el Evangelio, lo que permite poco a poco llegar a una síntesis, que no es sincretismo. Hay hermosas y fecundas experiencias de catecumenado inculturado entre los Xavantes (Mato Grosso), Yanomani (Venezuela), Ashuar (Perú), Shuar (Ecuador). Falta en el documento toda referencia a la educación en la fe, cuáles los métodos y caminos de formación cristiana de las muy diversas comunidades y pueblos amazónicos, cuáles son los ministerios no ordenados que se experimentan y cómo funcionan algunos centros de formación para los ministerios que existen en algunas circunscripciones eclesíásticas, cómo se edifican las comunidades cristianas, cuáles son los aportes concretos de congregaciones misioneras de religiosos y religiosas con vasta experiencia en la Amazonia, de dónde vienen y cuál es la

inserción de misioneros extranjeros que llegan a la Amazonia, cómo se usan los medios de comunicación social para la evangelización, cómo se trabaja en la pastoral de la familia (en general, muy disgregada) y de los jóvenes (en su 100% emigrantes, en forma definitiva o parcial, hacia las ciudades, muy abandonados por la pastoral, que, en el mejor de los casos, las comunidades evangélicas, muy bien organizadas, los incorporan en sus comunidades y en el mercado de trabajo). Quisiéramos también saber cómo se realizan las “misiones itinerantes” en la Amazonia, qué significa la “conversión pastoral” en la región... El documento preparatorio deja el sabor de la necesidad de mucho mayor intercambio, discernimiento y propuestas de experiencias pastorales que se llevan a cabo. Esto seguramente se realizará en el camino sinodal que lleva al “Instrumentum Laboris” y en la misma Asamblea del Sínodo.

### La cuestión de los ministerios

Uno de los temas que se subraya en el documento preparatorio es el de las comunidades que carecen de la presencia del sacerdote y que, por lo tanto, no reciben la Eucaristía – fuente y culmen de comunión – más que esporádicamente. Esto es ciertamente motivo de preocupación y sufrimiento, pero se plantea, además, para sugerir y quizás “presionar” en el sentido de la ordenación de los “viri probati” entre los indígenas.

Todos sabemos bien que el celibato no es exigencia de derecho divino para el sacerdocio presbiteral, pero que sí es esencial para la vida religiosa. Contamos en la Iglesia católica con sacerdotes casados de Iglesias orientales y también con sacerdotes casados que han pasado de las Iglesias anglicanas a la católica. Hay que ver el embarazo de los sacerdotes en la predicación cuando en los Evangelios se habla de la suegra del apóstol Pedro. Pero también sabemos que la disciplina de la castidad sacerdotal es un don precioso del Espíritu Santo para bien de los mismos sacerdotes, de sus comunidades y de toda la Iglesia. Es muy impresionante pensar que desde los primeros siglos de vida de la Iglesia ha habido millones de

hombres que han dejado todo para pertenecer sólo a Cristo, para servir con dedicación total de su vida a Dios y a sus hermanos. Son como los “revolucionarios profesionales” del Evangelio. Sabemos, en fin, que los sacerdotes son pecadores como todos los fieles, que mantenerse en castidad es difícil en esta sociedad actual pan-sexualizada, erotizada y libertina sin la ayuda de la gracia de Dios, que somos testigos presenciales incluso de crímenes abominables cometidos por sacerdotes. Todo esto lo sabemos.

Ciertamente, no puede considerarse un mal que el tema se discuta, se reflexione, se discierna a la luz del Espíritu Santo. Esto puede provocar “escándalo” sólo entre los “bien-pensantes”. Sin embargo, no creo que pueda resolverse lo de los “viri probati” mirando sólo a la Amazonia, como creando una excepción para la Amazonia. Sería proceder por “parches” en materia que es católica y abrir las compuertas de modo tal que sería muy difícil evitar los muy fuertes flujos en todo el mundo. Si es tema que quiere afrontarse, pues se llame a un Sínodo no “especial” sino universal. ¿Acaso la carencia de sacerdotes no se da en las situaciones sociales y culturales de las periferias de grandes ciudades, en las islas de Oceanía o en las sabanas africanas?

No es momento muy oportuno para afrontar esta temática. Se arriesgaría considerarlo una concesión a los grandes poderes que están divulgando por doquier - precisamente en esta hora en que se asiste a los crímenes de abuso de poder y abuso sexual por parte de clérigos -, la falsa opinión de que el celibato es imposible o genera enfermos. No haría más que provocar muy fuertes divisiones en la Iglesia alimentadas por los que esperan dónde aferrarse para echar leña al fuego. Sobre todo, creo que nada se logra rebajando los niveles de exigencia espiritual por la vida de los cristianos y de los mismos sacerdotes. Además, nada dice el documento preparatorio ni siquiera de los ministerios no-ordenados de la Palabra y la Eucaristía y no se pregunta por qué no se ha desarrollado más la experiencia diaconal en Amazonia (como el papa Francisco lo ha sugerido).

Para afrontar la grave cuestión de la escasez de sacerdotes en la Amazonia, pienso que se pueden seguir al menos cuatro vías maestras. La primera es la de prestar más dedicación y oración por las vocaciones sacerdotales amazónicas, incluso vocaciones sacerdotales indígenas. Hay Congregaciones religiosas, como la de los padres salesianos, que cuentan ya con varios sacerdotes de diversas etnias indígenas amazónicas. Y existen numerosos sacerdotes indígenas que son mapuches, tucanos, aymara, quechuas, xavantes... Mons. Edson Damian, Obispo de São Gabriel da Cachoeira, realizó el 17 de marzo pasado la ceremonia de ordenación sacerdotal del primer presbítero del pueblo baniwa, P. Geraldo Trindade Montenegro, conocido como Geraldo Baniwa. ¿Acaso se cuela subrepticamente el preconceito racista de que los indígenas amazónicos no son capaces, por su cultura, del celibato? También se decía en los siglos XVIII y XIX que los africanos no podrían ser sacerdotes por falta de predisposición al celibato, pero en el contexto de la encíclica “*Maximun Illud*”, congregaciones como los Espiritanos y los Padres Blancos hicieron florecer en África los seminarios diocesanos, que dieron origen a todo el episcopado y clero africano, que continúa a crecer. Guatemala es el país de mayor población indígena de América Latina, y en su diócesis más indígena, la de Sololá-Chimaltenango, el Obispo afirma que la mayor parte del clero es indígena y que prácticamente lo son todos sus numerosos seminaristas. Cuando el testimonio de los pastores, cercanos a las comunidades indígenas, sabe ser, por gracia de Dios, transparente de la presencia de Cristo, apasionado en la caridad, pedagogo en el crecimiento de discípulos-misioneros, perseverante en la oración, no falta la gracia de Dios para suscitar nuevas vocaciones sacerdotales. Si durante 15 años no ha habido ninguna vocación sacerdotal o religiosa en una diócesis, hay que preguntarse qué es lo que ha ido mal... Si no hay una vida eclesial donde se respira la fe, la esperanza y la caridad, si no se cultiva la vida de oración y propone la belleza de la liturgia y de los sacramentos, si no se centra todo en el encuentro personal y comunitario con Cristo, si no se es dócil al Espíritu Santo y sus dones..., es lógico que falten las vocaciones sacerdotales y que el tema del celibato resulte incomprensible.

La segunda es la de enviar sacerdotes de las regiones eclesiásticas de los países con zonas amazónicas, que tienen muchas vocaciones y clero, a cooperar como pastores-misioneros en la Amazonia. ¿Cómo es posible que abunden los sacerdotes latinoamericanos, y especialmente colombianos, en Estados Unidos, Canadá, España y otros países europeos pero que sea difícil enviar pequeños grupos de sacerdotes, que periódicamente se turnen, a trabajar pastoralmente en las circunscripciones amazónicas del país? La tercera vía posible es hacer un nuevo llamado a toda la catolicidad para la disponibilidad de sacerdotes “fidei-donum” para la Amazonia, promoviendo y alentando la solicitud apostólica “ad gentes” de las Iglesias locales. La cuarta vía posible por recorrer es confiar o encomendar prefecturas apostólicas en las regiones amazónicas a realidades eclesiales, como el Camino Neo-Catecumenal u otras nuevas comunidades o movimientos eclesiales, para que envíen grupos de sacerdotes acompañados por familias a dichas regiones. Ya hay experiencias de estas comunidades y movimientos en algunas diócesis y prefecturas apostólicas, que habría que valorizarlas.

Y no dejemos de recordar que la Iglesia en Corea tuvo su implantación y fuerte desarrollo por más de un siglo sin sacerdotes, pero con excelentes catequistas, y que sobrevivió en Japón durante 200 años sin la presencia de sacerdotes.

### Varios

No hay que olvidar la Fundación “Populorum Progressio”, creada por San Pablo VI después de su viaje apostólico a Colombia, que desde hace 50 años ayuda económicamente a proyectos pastorales y de promoción humana para campesinos e indígenas de América Latina, así como importantes agencias eclesiales de ayuda de Norteamérica y países europeos que con generosidad y solidaridad sostienen muchas actividades en la Amazonia.

Tampoco hay que olvidar que la Santísima Virgen María eligió a un indígena para ser su mensajero en los albores de la evangelización. San

Juan Diego es el testimonio de la santidad a la que todos los indígenas están llamados, abrazados por la ternura de Dios que se refleja en el rostro de su Madre y madre nuestra, imagen de la Iglesia.

Ciudad del Vaticano, 12 de diciembre de 2018.

Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe